PEDRO PRADO EN LA POESIA CHILENA

POR

ALFREDO LEFEBVRE

El Premio Nacional de Literatura que Chile concede anualmente a sus escritores, en 1949 ha sido otorgado a Pedro Prado. Esta especie de reconocimiento oficial se dictamina sobre los autores que a lo largo de una vida han realizado una labor de significación y no por una determinada obra. Se considera una vocación evidenciada en lo producido y una continuidad de trabajo con la calidad consiguiente. El premio consiste en la suma de cien mil pesos. Lo han recibido, desde que se instituyó: Augusto D'Halmar en 1942, recientemente fallecido; Joaquín Edwards Bello (1943), Mariano Latorre (1944), Pablo Neruda (1945), Eduardo Barrios (1946), Angel Cruchaga Santa María (1947), Samuel A. Lillo (1948) y Pedro Prado. Como se ve, ha correspondido, en general, a poetas o novelistas que ya poseen cierto destino literario; casi todos ellos se encuentran en actual producción. De Mariano Latorre sabemos que prepara una gran novela campesina; de Eduardo Barrios, el éxito editorial de su última novela GRAN SEÑOR Y RAJADIABLOS (1) ha superado con creces lo habitual; se encuentra en prensa (2) el CANTO GENERAL A CHILE, de Pablo Neruda; de Pedro Prado apare-

(1) Editorial Nascimiento, 3.ª edición, 1949.
(2) Editorial Cuauhtemoc. Méjico. D. F.

ció después del premio una ANTOLOGÍA (*), que incluye sonetos nuevos y un pequeño volumen titulado VIEJOS POEMAS INÉDITOS (3), en el cual se alcanzó a incluir el discurso pronunciado por el poeta al agradecer el premio en solemne sesión de la Universidad de Chile, el 8 de junio.

Este discurso es una de sus más bellas páginas, donde el autor trata de explicarse a sí mismo su vocación y su ser, sus antecedentes humanos y su modo de contemplar al hombre en este mundo, «la esencia de la historia desconocida, pasada, presente y futura de Pedro Prado» (4). Este discurso contiene una materia de sentimientos e ideas, de lejanas miradas ascentrales y presencias indefinibles de un alma que está en este mundo y sabe; corresponde con la visión de las cosas y de las almas que aparece en los versos, especialmente de sus cuatro últimos libros de sonetos. Este discurso puede completarse con otro que leyó en el homenaje rendido por el Instituto Chileno de Cultura Hispánica (5). En esas palabras avanza la consideración sobre la vocación del poeta y su situación frente al mundo.

Sería hermoso citar largos trozos de esos trabajos, los que, si continúan —imagino relatos sobre la historia del grupo llamado de «Los Diez»—, pueden dejar un valioso testimonio para organizar algunos sectores de lo que puede ser una tradición literaria chilena. Pero citando precisamente el final del primero de ellos se comprenderá la dificultad de mostrar fragmentos más o menos sueltos, sin que ese final sea el más representativo, pero sí el que señala que la unidad de un objeto requiere la contemplación lenta de las partes y que a un poeta no se lo puede hacer presente en forma periodística, porque entonces se vuelve más invisible.

Prado concluyó de esta manera: «Y es así como quienes sepan aisladamente de mi nombre o de mis apariencias, de mis viajes o accidentes, de mis pequeños libros, mis pequeños cuadros, mis escasos edificios, o de uno cualquiera de mis múltiples afanes silenciosos y obtinados en los campos, en la industria, en el comercio, en los altos estudios, en los prolongados retiros o en las simples y libres vagancias que tanto amo, sabrán de mí, en verdad, muy poco; que el objeto y sentido de la vida ha necesitado de todos ellos a la vez, como igualmente necesita de las fatigas, enfermedades y tra-

---

(*) Pedro Prado: *Antología* (Las estancias del amor). Selección e introducción de Raúl Silva Castro. Editorial del Pacífico, S. A. Santiago de Chile, 1949. 158 páginas.

(3) Escuela Nacional de Artes Gráficas. Santiago de Chile, 1949.

(4) Pág. 42 de *Viejos poemas inéditos de Pedro Prado.*

(5) Publicado en «Estudios», número 196, junio de 1949.

gedias que colaboren hasta agotar en verdad esta vida, como para ejercitarla, conocerla y recrearla.

»Lo que espero conseguir sólo cuando la consuma en su totalidad visible e invisible. Acaso, entonces, mi infinita pequeñez, que ya comienza como a percibir algo, no sé dónde, cuándo ni cómo, se fundirá con la infinita grandeza indescriptible que adivina, para reposar en ella para siempre» (6).

De esos textos, mucho, poco o nada nos puede facilitar el conocimiento del poeta, pero sí que dejan un testimonio de cierta ley, de una armónica comprensión ética de las cosas, que se corresponde estrictamente con la nota distintiva que señalábamos, en cierta ocasión, al preguntarnos qué era esa poesía, al querer explicarnos algo así como su misma naturaleza, que, a nuestro juicio, es lo que hace difícil hablar de ella con propiedad y justeza. Entonces (7) considerábamos:

Esta poesía no ofrece aristas de donde afirmarse. Está constituída por una sola pieza que se anima y articula en líneas rectas hacia un objeto eternamente inaccesible. Es un movimiento del alma, de crecimiento indefinido, imposible de agotar, imposible de detener, reflejado en formas tersas.

Esta poesía no tiene sombras que iluminar. Al contrario, la luz parece ser su natural elemento y su resolución espiritual.

Esta poesía no pretende renovar la faz de la tierra ni de la literatura. Ha llegado a mantener sus formas sobre el eje de una técnica tradicional, cual es el soneto. Ha permanecido siempre dentro de un lenguaje más próximo al orden gramatical y al valor conceptual de las palabras.

Esta simplicidad de su lenguaje le procura gran nitidez, pero esa misma claridad parece ocultarla. No está en el fulgor de las imágenes que usa, ni en las relaciones inéditas que se pueden establecer entre las cosas todas del universo; tampoco está en la curiosidad de los símbolos que emplea, todos ellos fácilmente accesibles: rosa, ríos, mar, navío, dunas, todos ellos ya trasladados al lenguaje usual desde remota tradición y uso. ¿Dónde está? ¿Cómo aparece, entonces?

Está, se despierta, aparece, cuando se ha cobrado la actitud espiritual que testimonia.

Esta poesía es más propicia a la elevación del alma que al des-

(6) Págs. 40 y 41 de *Viejos poemas inéditos.*

(7) Nos referimos especialmente a su cuatro últimos volúmenes de sonetos, por ofrecer ellos un conjunto marcadamente orgánico. Aludimos a «Notas sobre la poesía de Pedro Prado». «Estudios», número 196.

cubrimiento de mundos inexplorados. Esta poesía entraña el misterio mismo de la existencia, y a lo largo de su desarrollo que comprende cuarenta años, ha ido acrecentando sus contenidos y temas, todos ellos situados más allá de la mera subjetiva percepción, enlazados más bien con un sentimiento de la universal permanencia del amor, y que el poeta hace más palmaria en la soledad, independiente de la corporeidad y presencia de los seres amados. Así contiene su poesía lo inenarrable de la vida, cuando al espíritu lo hace presente.

En Chile, las manifestaciones poéticas tienen diversos orígenes; alguien decía que brotaban unas del fuego, otras del aire, del agua, de la tierra; pero no todas emergen del espíritu en cuanto tal, como es el caso de la poesía de Pedro Prado, que nos pone patente una jerarquía de valores humanos, desde una unidad ética.

Es singular el tono que engendra esa unidad. Siempre llega a una cierta y ponderada serenidad, aunque el fugaz instante que se poetiza sea de desasosiego o llanto. Aparece un equilibrio distendido en las palabras, aparece una carga emocional retenida en las formas, oscila dulcemente un pacífico movimiento del corazón que inquiere definitivas preguntas, que expresa las leyes decisivas de la vida, con todo el enigma que entraña el nacimiento y su bagaje ancestral, hasta alcanzar cierto despego de sí, en esas fronteras que pueden situar «más allá del deseo y la quimera», como dice el primer verso del último soneto de la citada ANTOLOGÍA, en esas fronteras en que algo se ha consumado para empezar a ver, y un nombre divino es la nueva cumbre, y el Ser de Dios, el término del vuelo.

La trayectoria que ha seguido esta poesía ha hecho más sensible su vinculación entre la palabra y la propia vida. Esta relación elemental, que podría ser un lugar común en cualquier poeta bien dotado y de justa honradez artística, adquiere en Pedro Prado una significación intensa, porque testimonia con nitidez los modos como se verifica su actitud espiritual. Porque no es común en poesía chilena ver el movimiento de la existencia de un poeta que se mantenga en las palabras hasta llegar a constituir las obras una sola pieza, una línea sucesiva a través del tiempo, con idéntica lucidez, y en creciente ascensión sobre los movimientos ordinarios de la existencia.

Es un hecho que Pedro Prado, a través de las experiencias del olvido, de la soledad, del alejamiento, del silencio, situaciones que el corazón inmaduro estima enemigas, ha alcanzado una sabiduría que le permite allegarse a las fuentes claras del amor, que le permite cierta elevación sobre sí mismo, hecho que necesariamente repercute en la calidad de su forma y en el tono de paz de su estro. Sólo

así ha mantenido la virginidad de su poesía, dentro de los cauces propios de la poesía, los cauces mismos de la vida.

A través del olvido, de la soledad, del silencio, alcanza a intuir el orden del amor y en él permanece, y entre la ausencia y el recuerdo lo crea de nuevo en la destilación de la alquimia poética.

Aquí podemos citar un párrafo de su discurso, precisamente, porque se ve allí la síntesis de su actitud espiritual frente al amor humano y sus ideas no están condicionadas en ese trozo por el contexto. Este fragmento serviría de ilustración a todos sus últimos libros de sonetos, los compendia y los fija en su sentido (8):

«Los amores humanos a humanos seres, por grandes que sean, alcanzan, fatalmente, demasiado pronto sus límites; los amores humanos a los seres que en alguna medida van dejando de serlo, pueden extenderse en una libertad sin medida.»

* * *

LAS ESTANCIAS DEL AMOR, primer volumen antológico, «contiene poesías tomadas de los diferentes libros con que en los últimos años el poeta ha iniciado una nueva fase de su existencia como creador: CAMINO DE LAS HORAS, 1934; OTOÑO EN LAS DUNAS, 1940; ESTA BELLA CIUDAD ENVENENADA, 1945, y NO MÁS QUE UNA ROSA, 1946 (Losada, Buenos Aires). El autor mismo ha enriquecido esta serie con algunos poemas nuevos, inéditos, que parecían llamados a completar las insinuaciones y sugerencias despertadas por los otros» (9).

Si la temática amorosa es el motivo general del libro, la división de partes numeradas no es arbitraria. A primera vista divisamos que en la sección I aparecen composiciones que tocan los sentimientos filiares y que en la última está la zona de relación con la divinidad; ocupa casi todo el resto el amor a mujer; pero si siguiéramos subdividiendo «todo lo que como amor ocupa su universo», no sería suficiente para explicar la agrupación de los sonetos en 12 secciones ni para explicar el contenido que escoge este volumen; hay —y esto sirve de índice para un análisis más interior y unitivo— el amor al mismo amor, cuya persecución se refracta a través de todos los motivos que se ofrecen en la vida y en esta poesía, embelleciendo la esperanza, consolando la soledad, alegorizando el sueño.

En uno de los «Pequeños poemas en prosa» del último volumen de inéditos, oímos simples palabras que hacen más sensible esa si-

(8) Págs. 19-20 de *Viejos poemas inéditos.*

(9) Palabras de la introducción del autor de la *Antología,* don Raúl Silva Castro.

tuación frente al amor, situación de búsqueda del amor mismo en las criaturas amadas (10):

Te he buscado tanto, que aun en tu presencia te sigo
buscando, como si ella me privase de tu verdadera compañía.

En el soneto «Los largos años de mi vida oscura» (11), se concluye así:

En todo vario amor, sólo él persiste,
y en su espera inmortal vives y mueres.

Un infinito presentimiento permite que los límites visibles de la amada sean más efímeros que el sueño que ella provocó en el alma del poeta. Un infinito presentimiento permite la fidelidad al amor mismo, de una manera tal que confiere existencia a lo que ha dejado de ser o a lo que nunca fué, de tal manera que el recuerdo, el olvido, el abandono, el silencio, toda soledad, van adquiriendo categorías de alta y legítima realidad, aquellas que dan permanencia al amor humano, aquellas que purifican la fidelidad y trasladan el amor al reino del mismo amor:

Tú no estás; pero siempre eres, y ya no podrás dejar de serlo nunca.—En ti no fueras, sólo en mí lo has sido.—Ahora que no estás, te pienso y eres.—El recuerdo tan sólo es duradero.—Y en honda soledad mejor te he amado.—Dios vuelve a crear en hombre que ama.

En este espigamiento de versos (12) podemos hacer más sensible el órgano espiritual de esta poesía, al querer mirarla más adentro de su figura afectiva. En esa acumulación, que podría multiplicarse, sin temor a los contextos, se realza la tónica de una fijación viva, capaz de traer la presencia de los muertos, capaz de engendrar el propio origen. Esa tónica, ya lo hemos dicho, es el amor al amor, centro desde el cual parten todos los caminos del corazón del poeta y unifica uno a uno sus versos.

Hemos empleado la expresión «órgano espiritual» para sensibilizar la ley general que rige el contenido de la poesía de Prado a través de sus sonetos y hemos concretado esa ley en la fórmula de «amor al amor». Ella da la base moral que manifiesta en toda esta

---

(10) El libro de viejos poemas inéditos comprende: «Pedro Prado cuenta su historia desconocida», texto del discurso ya citado; «Pequeños poemas en prosa», a modo de breves sentencias y recuerdos; «Primera y segunda parte de poesías» y otra sección de «Sonetos». Texto citado, pág. 53.

(11) Pág. 61 de la *Antología* titulada «Las estancias del amor».

(12) La primera cita de la pág. 66 de *Viejos poemas inéditos*. Las restantes son de las págs. 33, ..., 75, 74, 34 de la *Antología*.

poesía y nos dispone el ángulo de visión más adecuado para mirar la sucesión de los versos, y recorrerla como una lección de sabiduría de vida, más allá de su concomitancia sentimental, más allá de la exigüidad de medios expresivos, más allá de la anécdota de tal o cual pasión, en el puro vuelo de su quietud, en la incesante elevación que del alma entraña.

Desde allí podemos contemplar todas las figuraciones y redescubrir el sentido y la ansiedad que anima toda la producción de Prado, no sólo la de su última etapa de forma tradicional, sino sus libros anteriores, de poemas en prosa, como LA CASA ABANDONADA, LOS PÁJAROS ERRANTES, su poema dramático ANDROVAR, sus novelas como ALSINO, sus parábolas y sus narraciones.

Señalemos alguna de sus figuraciones más originales, tomemos el segundo soneto que aparece en la sección antológica. No es preciso que sea el más representativo poéticamente. Nos interesa para comprender el universo que esta poesía entraña. Y ¿quién nos puede garantizar si el llamado goce frente a un poema no se puede convertir en indiferencia con el rodar de los días, con la mirada a flor de palabras, con el sólo encantamiento de la forma? Y ¿quién nos garantiza que el poema que pasó un día indiferente a nuestros ojos, pobre de vestidura, sin adorno ni conmoción aparente, pueda entrañar un secreto inaudito, una vez que alguna experiencia del vivir, o una mayor lucidez poética permite acercarnos a ese poema y revelársenos, más adentro de las palabras, más cerca de nuestra alma, más cerca del misterioso, siempre misterioso, momento en que fué concebido. Pues bien: este soneto parece ser indiferente, en medio de la masa de versos del libro, y sin embargo ya posee su exégesis más legítima en las palabras del mismo autor, y nos deja así un testimonio especial de figuración del amor: el de engendrar el propio origen, el hacerse la propia madre:

Yo soy aquel a quien no modelara
caricia de mujer en tierna infancia,
un boceto inconcluso, un alma rara
siempre como sumida en la distancia.

Callado, solitario y pensativo,
gestando estoy la madre que yo añoro;
su remoto recuerdo apenas vivo,
cuando empieza a surgir me turbo y lloro.

Augusta sombra de mi sueño nace;
hija de mi pensar, mi madre acude;
prosigue su tarea, y así rehace

su obra. ¡Inconcluso, ella me reanude!
¡Oh, madre, nuevamente me acompañas!
¡Oh alegría al gestarte en mis entrañas!

¿Cómo se entiende todo esto? En el discurso de Prado sobre su historia desconocida, leemos lo siguiente (13):

«Al lado de un hospital, vecino a un cementerio, viví mi niñez y juventud, sólo con mi padre. Tenía dos años apenas cuando mi madre murió. ¿Cómo podría en verdad recordarla? Y ¿cómo podría en verdad olvidarla?

»La recordaría sin recuerdos, la vería sin imágenes, la sentiría en las caricias que no llegaban, en el refugio que no tuve, en el sostén del cual quedé desposeído, en la tristeza que no podría ser compartida, y en la alegría que no podría ser centuplicada.

»La madre se continúa en sus caricias y con ellas termina de modelar a su hijo.

»Pero sería yo, el hijo, quien debería crear a su madre; madre toda hecha de carencias totales, y la terminaría de modelar con mis goces sin eco, mis dolores sin apoyo y mis caricias imposibles.

»Los amores humanos a humanos seres, por grandes que sean, alcanzan, fatalmente, demasiado pronto sus límites; los amores humanos a los seres que en alguna medida van dejando de serlo, pueden extenderse en una libertad sin medida.

»Y fué así cómo, sin yo saberlo, pasó mi madre a ser como mi hija, y a mi vez llegué a ser como el hijo de mi propia y primogenia creación.

»La creé con toda la gracia que siempre me será ignorada, y con toda la ternura que siempre me será desconocida. Y continué así hasta que ella concluyó por rodearme completamente, y todo lo vi teñido de su absoluta transparencia. La tuve siempre en torno mío como mi propia y dilatada emanación.

»Como un hijo que se gesta en las entrañas carnales, mi madre alimentó su esencia en lo mejor de mi espíritu, y toda mi vida se resintió de ese esfuerzo gigantesco en el cual parecía engendrar mi propio origen.

»Contadísimos hombres lo comprendieron; y muchas mujeres, con sólo sospecharlo, terminaron por callar y alejarse, a la vez sigilosas y prudentes.»

Al haber confrontado aquí el soneto con un texto del discurso, en cierto modo explicamos la poesía por la poesía. En este caso se ofrece así la correspondencia que señalábamos entre los versos y la prosa del discurso y la exégesis del soneto más arriba copiado, para hacer notoria una manifestación de existencia recreada, figuración del amor, permanencia del mismo en la creación del poeta.

Bien puede ser que a lo largo de los años, la poesía de Pedro Prado, aun en continua efloración, vaya a contribuir a cimentar algunos de los pilares de nuestra tradición literaria chilena. El poeta Luis Oyarzún señalaba en una publicación de «Pro Arte» que acaso la discontinuidad cultural nuestra fuese la causa de que la generación joven ignore hasta qué punto fué decisiva la participación creadora de Pedro Prado en la revolución poética de Chile a co-

(13) Págs. 18-19-20-21 de *Viejos poemas inéditos*.

mienzos del siglo (14). Lo cierto es que antes y después del Premio Nacional, la persona de Pedro Prado ha sido testimonio de una actitud pura e inocente ante el misterio de la palabra, con creciente proceso de perfección formal y con intenso equilibrio de alma, ajeno al barullo del mundo literario, dueño de sí mismo y de su palabra, del cual aún podemos esperar alguna sorpresa, una nueva dimensión de su mensaje.

Alfredo Lefebvre.
Casilla 13.370.
SANTIAGO DE CHILE.

(14) Semanario de artes y letras «Pro Arte», número 45. Santiago de Chile, 19-V-49.